

tigaciones vanas. Pero ¿hay alguna de sus lecciones de que hayamos sabido aprovecharnos ó que no hayamos descuidado impunemente? Pueblos: sabed, una vez más, que la naturaleza ha querido preservaros de la ciencia, como una madre arranca un arma peligrosa de las manos de su hijo; que todos los secretos que os oculta son otros tantos males de que os libra, y que el trabajo que encontráis en instruiros no es el menor de sus beneficios. Los hombres son perversos, y serían peores aún si tuvieran la desgracia de nacer sabios.

¡Que humillantes son estas reflexiones para la humanidad! ¡Qué castigado queda con ellas nuestro orgullo! Ahora bien: la probidad ¿será hija de la ignorancia? La ciencia y la virtud ¿serán incompatibles? ¿No podrían sacarse funestas consecuencias de prejuicios semejantes? Para conciliar estas contradicciones aparentes, hay que examinar de cerca la vanidad de los títulos orgullosos que nos desvanecen y que nos dan tan gratuitamente los conocimientos humanos. Consideremos, pues, las ciencias y las artes en sí mismas, veamos lo que debe resultar de su progreso y no titubemos en confesar nuestra decepción en todos los puntos en que nuestros razonamientos se hallen de acuerdo con las inducciones históricas.

---

## SEGUNDA PARTE

Según antigua tradición, que de Egipto pasó á Grecia, el inventor de las ciencias había sido un dios enemigo del reposo (10). ¿Qué opinión era preciso que tuviesen de las ciencias los egipcios, entre quienes las ciencias habían tenido comienzo? Sin duda, los egipcios pensaban así porque habían visto de cerca las fuentes de que las ciencias habían manado. En efecto: sea que se hojeen los anales del mundo, sea que se suplan crónicas inciertas por investigaciones filosóficas, no se encontrarán en los conocimientos humanos un origen que responda á la idea que gustamos formar de ellos. La astronomía nació de la superstición; la elocuencia, de la ambición, del odio, de la adulación, de la mentira; la geometría, de la avaricia; la física, de una vana curiosidad; todas y la moral misma, del humano orgullo. Las ciencias y las artes deben, pues, su origen á nuestros vicios, y dudáramos menos de sus ventajas si las debiésemos á nuestras virtudes.

Y el defecto de su origen resalta no menos claramente en los objetos á que están destinadas. ¿Qué haríamos de las artes sin el lujo que las alimenta? ¿De qué serviría la jurisprudencia sin las injusticias de los hombres? ¿A qué se se reduciría

la historia si no hubiese ni tiranos, ni conspiradores, ni guerras? ¿Quién querría, en una palabra, pasar su vida en estériles contemplaciones, si cada uno, no consultando más que á los deberes del hombre y á las necesidades de la naturaleza, no emplease su tiempo más que en servir á la patria, á los desgraciados, á sus amigos? Estamos, pues, hechos para morir asomados á los bordes del pozo de donde se ha marchado la verdad (11). Esta sola reflexión debería repugnar desde el primer momento á todo hombre que tratara seriamente de instruirse por el estudio de la filosofía.

¡Qué de peligros, qué de falsos caminos, en la investigación de las ciencias! ¡Por cuántos errores, mil veces más peligrosos que la verdad, no es preciso pasar para llegar á esta! La desventaja es visible, porque lo falso es susceptible de una infinidad de combinaciones, mientras que la verdad no tiene más que una manera de ser. ¿Quién es, además, el que la busca sinceramente? Aun con la mejor voluntad, ¿en qué señales está uno seguro de reconocerla? En medio de la gran multitud de sentires diferentes, ¿cuál será nuestro *criterium* para juzgarla bien? (12). Y lo que es más difícil, si por fortuna la hallamos al fin ¿quién de nosotros sabría hacer de ella buen uso?

Si nuestras ciencias son vanas por los objetos que se proponen, son aún más peligrosas por los efectos que producen. Nacidas en la ociosidad, la alimentan á su vez, y la pérdida irreparable del tiempo es el primer perjuicio que causan necesariamente á la sociedad. En política, como en moral, es un gran mal no hacer bien, y todo ciuda-

dano inútil puede ser mirado como un hombre pernicioso. Respondedme, pues, filósofos ilustres, vosotros por quienes sabemos en virtud de qué razones el vacío atrae los cuerpos, cuáles son, en las revoluciones de los planetas, las relaciones de los espacios recorridos en tiempos iguales, qué curvas tienen puntos conjugados, puntos de inflexión y de retroceso, cómo el hombre lo ve todo en Dios, cómo el alma y el cuerpo se corresponden sin comunicación á manera de dos relojes que siempre marcasen la misma hora, qué astros pueden ser habitados, qué insectos se reproducen de una manera extraordinaria: respondedme y decidme vosotros de quiénes hemos recibido tan sublimes conocimientos: aun cuando no hubiéramos aprendido ninguna de estas cosas ¿seríamos menos numerosos, estaríamos peor gobernados, resultaríamos menos terribles, menos florecientes ó más perversos? Volved, pues, sobre la importancia de vuestras producciones, y si los trabajos de los más ilustrados de nuestros sabios y de nuestros mejores ciudadanos nos procuran tan poca utilidad, decidnos lo que debemos pensar de esa multitud de escritores oscuros y de letrados ociosos, que devoran y echan á perder la substancia del Estado.

¿Qué digo ociosos? ¡Plugiuese á Dios que lo fuesen en efecto! Sus costumbres serían más sanas y la sociedad más pacífica. Pero estos vanos y fútiles declamadores van por todas partes armados de sus funestas paradojas, minando los fundamentos de la fe y aniquilando la virtud. Sonríen con desdén al oír pronunciar las viejas palabras de pa-

tria y de religión, y consagran sus talentos y su filosofía á destruir y envilecer todo lo que hay de sagrado entre los hombres. En el fondo no odian ni la virtud ni nuestros dogmas: son sencillamente enemigos de la opinión pública; y para llevarlos al pie de los altares bastaría relegarlos entre los ateos. ¡Oh furioso afán de distinguirse, cuánto es tu poder!

Gran mal es, sin duda, el abuso del tiempo; pero otros males peores aún siguen á las letras y á las artes. Tal es el lujo, nacido como ellas de la ociosidad y de la vanidad de los hombres. El lujo rara vez deja de acompañar á las ciencias y á las artes, ni éstas de acompañar al lujo. Nuestra filosofía, siempre fecunda en máximas singulares, pretende, contra la experiencia de todos los siglos, que el lujo constituye el esplendor de los Estados; pero después de haber olvidado la necesidad de las leyes suntuarias, ¿se atreverá á negar todavía que las buenas costumbres no son esenciales á la duración de los imperios y que el lujo es diametralmente opuesto á las buenas costumbres? Indudablemente el lujo es un signo cierto de riquezas y sirve también para multiplicarlas; pero ignoro lo que haya que deducir de esta paradoja, tan digna de haber nacido en nuestros días; y ¿qué llegará á ser la virtud cuando sea preciso enriquecerse á cualquier precio?

Los antiguos políticos hablaban sin cesar de costumbres y de virtud; los nuestros no hablan más que de comercio y de dinero. El uno os dirá que un hombre vale en tal comarca la suma en que se le vendería en Argel; otro, siguiendo este

cálculo, encontraría países en donde un hombre no vale nada, y otros donde vale menos que nada. Así evalúan á los hombres como á rebaños. Según ellos, un hombre no vale al Estado más que por el consumo que hace en él; de suerte que si es un sibarita, valdrá por treinta lacédemonios. Adivínese, pues, cuál de las dos repúblicas, Esparta ó Sibaris, fué subyugada por un puñado de aldeanos y cuál hizo temblar al Asia.

La monarquía de Ciro ha sido conquistada con treinta mil hombres, por un príncipe más pobre que el menor de los sátrapas de Persia, y los escitas, el más miserable de todos los pueblos, ha resistido á los más poderosos monarcas del universo. Dos famosas repúblicas se disputaron el imperio del mundo, la una era muy rica, la otra no tenía nada, y fué ésta quien destruyó á la otra. El imperio romano á su vez, después de haber absorbido todas las riquezas del universo, fué presa de gentes y tribus que ni aun sabían lo que era riqueza. Los francos conquistaron á los galos y los sajones á Inglaterra, sin otros tesoros que su pobreza y su bravura. Una tropa de pobres montañeses, cuya única avidez se limitaba á algunas pieles de carnero, después de haber dominado la altiva austriaca, derribó esa opulenta y formidable casa de Borgoña, que hacía temblar á los potentados de Europa. En fin, todo el poder y toda la sabiduría del heredero de Carlos V, sostenido con todos los tesoros de las Indias, vinieron á destrozarse contra un puñado de pescadores de arenques. Suspendan nuestros políticos sus cálculos para reflexionar en estos ejemplos y aprender

de una vez que se tiene todo con el dinero, excepto las costumbres y los ciudadanos.

¿De qué se trata, pues, en esta cuestión del lujo? De saber qué es lo que importa más á los imperios: si ser brillantes y momentáneos, ó virtuosos y duraderos. Digo brillantes, pero ¿con qué brillo? El gusto del fausto apenas se asocia en las mismas almas al de la honradez. No: no es posible que espíritus degradados por una multitud de cuidados fútiles se eleven jamás á nada grande, pues aunque tuvieran fuerza para ello, les faltaría valor.

Todo artista quiere ser aplaudido. Los elogios de sus contemporáneos son la parte más preciosa de sus recompensas. ¿Qué hará, pues, para obtenerlos, si tiene la desgracia de haber nacido en un pueblo y en tiempos en que los sabios á la moda han puesto á una juventud frívola en estado de dar el tono; en que los hombres han sacrificado su gusto á los tiranos de su libertad (13); en que uno de los sexos, no atreviéndose á aprobar lo que es proporcionado á la pusilanimidad del otro, desdeña las obras maestras de la poesía dramática, y rechaza los prodigios de la armonía? ¿Qué ocurrirá, señores? Rebajará su genio al nivel de su siglo y preferirá componer obras comunes que se admiren durante su vida á componer maravillas que no se admirarán si no mucho tiempo después de su muerte. ¡Decidnos, célebre Arouet, cuántas bellezas viriles y fuertes habéis sacrificado á nuestra falsa delicadeza, y qué de cosas grandes os ha costado el espíritu de galantería, tan fértil en pequeñeces!

Así es como la disolución de las costumbres, consecuencia necesaria del lujo, implica á su vez la corrupción del gusto. Que si por casualidad entre los hombres extraordinarios por sus talentos, se encuentra alguno que tenga firmeza en el alma y que no quiera acomodarse al genio de su siglo y envilecerse por producciones pueriles ¡desgraciado de él! porque morirá en la indigencia y en el olvido. Esto no es un pronóstico, es una experiencia. Carlos, Pedro (14), ha llegado el momento en que el pincel destinado á aumentar la majestad de nuestros templos por imágenes sublimes y santas, caerá de vuestras manos ó será prostituido para adornar de pinturas lascivas los techos de un *vis-á-vis*. Y tú, rival de los Praxiteles y de los Fidias, tú cuyo cincel hubieran empleado los antiguos en hacerles dioses, capaces de excusar á nuestros ojos su idolatría, inimitable Pigal, tu mano se resolverá á pulir el vientre de un mamarracho ó será preciso que permanezca ociosa.

No cabe reflexionar sobre las costumbres sin complacerse en recordar la imagen de la sencillez de los primeros tiempos. Es esta una hermosa ribera adornada por las manos de la naturaleza, hacia la cual vuelve uno incesantemente la vista, y de la que se aleja uno á su pesar. Cuando á los hombres inocentes y virtuosos les gustaba tener á los dioses por testigos de sus acciones, dioses y hombres habitaban juntos, bajo las mismas cabañas, pero tan pronto como se hicieron malos, se desligaron de estos incómodos espectadores, y los relegaron á templos magníficos. Más tarde los

expulsaron para establecerse allí ellos mismos, ó al menos, los templos de los dioses no se distinguieron ya de las casas de los ciudadanos. Llegóse de esta manera al colmo de la depravación y jamás los vicios fueron más lejos que cuando se les vió, por decirlo así, sostenidos á la entrada de los palacios de los grandes sobre columnas de mármol y grabados sobre capiteles corintios.

Al compás que las comodidades de la vida se multiplican, que las artes se perfeccionan y que el lujo se extiende, el verdadero valor se enerva, las virtudes militares se desvanecen, y esto es todavía obra de las ciencias y de todas esas artes que se ejercen en la sombra del gabinete. Cuando los godos devastaron á Grecia, si todas las bibliotecas fueron salvadas del fuego, debióse á la opinión, emitida por uno de ellos, de que era preciso dejar á los enemigos muebles tan propios á sustraerlos del ejercicio militar y entretenerlos en ocupaciones sedentarias y ociosas. Carlos VIII se vió dueño de Toscana y del reino de Nápoles casi sin haber sacado la espada, y toda su corte atribuía esta facilidad inesperada á que los príncipes y los nobles de Italia se entretenían más en hacerse ingeniosos y sabios que en hacerse vigorosos y guerreros. En efecto, dice el hombre de buen sentido que refiere estos dos rasgos (15), todos los ejemplos nos enseñan que en esta marcial civilización y en todas aquellas que se le parecen, el estudio de las ciencias es más propio para enervar y afeminar el valor que para afirmarlo y animarlo.

Los romanos han confesado que la virtud militar se había extinguido entre ellos á medida que

habían comenzado á conocerse en cuadros, en grabados, en vasos de orfebrería y á cultivar las bellas artes, y como si esta comarca famosa estuviese destinada á servir sin cesar de ejemplo á los otros pueblos, la elevación de los Médicis y el restablecimiento de las letras han desvanecido, y tal vez para siempre, aquella reputación guerrera que Italia parecía haber recobrado hace algunos siglos.

Las antiguas repúblicas de Grecia, con la sabiduría que brillaba en la mayoría de sus instituciones, habían prohibido á todos sus ciudadanos todos los oficios tranquilos y sedentarios que, corrompiendo el cuerpo, enervan también el vigor del alma. En efecto, ¿cómo cabe creer que puedan resistir el hambre, la sed, las fatigas, los peligros y la muerte hombres á quienes la menor necesidad agobia y que repugnan la menor pena? ¿Con qué valor soportarán los soldados trabajos excesivos á que no están acostubrados? ¿Con qué ardor andarán á marchas forzadas al mando de oficiales quienes no tienen fuerza para andar á caballo? No se me objete el valor renombrado de todos estos modernos guerreros tan sabiamente disciplinados. Se me alaba su bravura en un día de batalla, pero no se me dice cómo soportarán el exceso de trabajo, cómo resistirán el rigor de las estaciones y las intemperies del aire. Basta un poco de sol ó de nieve, basta la privación de algunas superfluidades, para fatigar y destruir en pocos días al mejor de nuestros ejércitos. Guerreros intrépidos, sufrid por una vez la verdad que tan raras veces oís. Sois valientes, ya lo sé, habeis triunfado con Aníbal en Cannas y en Trasimeno, César pasó con vosotros

el Rubicón y sujetó su país, pero no es con vosotros con quienes el primero atravesó los Alpes y el segundo venció á nuestros abuelos.

Los combates no fueron siempre el éxito de la guerra, y es para los generales un arte superior el de ganar batallas. Uno corre al fuego con intrepidez, lo que no le impide ser un mal oficial; en el soldado mismo un poco más de vigor y fuerza le sería tal vez más necesario que tanta bravura que no le libra de la muerte. ¿Y qué importa al Estado que sus tropas perezcan por la fiebre y el frío ó por el hierro del enemigo?

Si la cultura de las ciencias es nociva á las cualidades guerreras, lo es más todavía á las cualidades morales. Desde nuestros primeros años, una educación insensata adorna nuestro espíritu y corrompe nuestro juicio. Veo por todas partes establecimientos inmensos donde se educa con grandes gastos á la juventud para enseñarle todo, excepto sus deberes. Vuestros hijos ignorarán su propio idioma, pero hablarán otros que no están en uso en ninguna parte; sabrán componer versos que apenas podrán comprender; sin habilidad para separar la verdad del error, poseerán el arte de hacerlos desconocidos á los demás por argumentos especiosos, pero las palabras de magnanimidad, de equidad, de temperancia, de humanidad, de valor, no sabrán lo que es; el dulce nombre de patria no herirá jamás sus oídos, y si oyen hablar de Dios, será menos para temerle que para tenerle miedo (16). Me gustaría mucho, dice un sabio, que mi estudiante hubiese pasado el tiempo en un juego de pelota, porque al menos el cuerpo estaría más

dispuesto. Ya sé que es preciso ocupar á los niños y que la ociosidad es para ellos el mayor peligro que se pueda temer; pero ¿qué es necesario que aprendan? He aquí por cierto una linda cuestión. Que aprendan lo que deben hacer siendo hombres (17), y no lo que deben olvidar.

Nuestros jardines están adornados de estatuas y nuestras galerías de cuadros. ¿Qué pensaréis que representan estas obras maestras del arte expuestas á la admiración pública? ¿Los defensores de la patria ó esos hombres más grandes aún que la han enriquecido por sus virtudes? No. Son imágenes de todos los extravíos del corazón y de la razón, sacadas cuidadosamente de la antigua mitología y presentadas desde muy temprano á la curiosidad de nuestros hijos, sin duda para que tengan ante su vista modelos de malas acciones antes de saber leer.

¿De dónde nacen todos estos abusos si no es de la desigualdad funesta introducida entre los hombres por la distinción de los talentos y por el envilecimiento de las virtudes? He aquí el efecto más evidente de todos nuestros estudios y la más peligrosa de todas sus consecuencias. No se pregunta ya de un hombre si tiene probidad, sino si tiene talento, ni de un libro si es útil, sino si está bien escrito. Las recompensas se prodigan al talento, y la virtud queda sin honores. Hay mil premios para los discursos hermosos, y ninguno para las acciones bellas. Dígaseme, sin embargo, si la gloria asociada al mejor de los discursos que premia esta Academia, es comparable al mérito de haber fundado el premio mismo.

El sabio no corre siempre tras la fortuna, pero no es insensible á la gloria y cuando la ve tan mal distribuída, su virtud, que un poco de emulación hubiera animado y hecho ventajosa á la sociedad, languidece y se extingue en la miseria y en el olvido. He aquí lo que á la larga debe producir en todas partes la preferencia de los talentos agradables sobre los talentos útiles y lo que la experiencia ha confirmado sobradamente desde la renovación de las ciencias y de las artes. Tenemos físicos, geómetras, químicos, astrónomos, poetas, músicos, pintores, y, en cambio, no tenemos ciudadanos, ó si nos quedan aún, dispersos en nuestros campos abandonados, perecen en ellos despreciados é indigentes. Tal es el estado á que se ven reducidos y tales los sentimientos que obtienen de nosotros aquellos que dan pan y leche á nuestros hijos. Confieso, sin embargo, que el mal no es tan grande como hubiera podido ser. La Providencia, al colocar al lado de diversas plantas nocivas plantas curativas, y en la substancia de varios animales dañinos el remedio á sus llagas, ha enseñado á los soberanos, que son sus ministros, á imitar su sabiduría. Así es como, á ejemplo suyo, del seno mismo de las ciencias y de las artes, orígenes de mil desarreglos, ese gran monarca, cuya gloria adquirirá de edad en edad nuevo brillo, sacó sus sociedades célebres, encargadas á la vez del peligroso depósito de los conocimientos humanos y del depósito sagrado de las costumbres, por la atención que ponen en mantenerlo en ellas en toda su pureza y exigirlo en los miembros que en su seno reciben.

Estas sabias instituciones, afianzadas por su augusto sucesor é imitadas por todos los reyes de Europa, servirán al menos de freno á los hombres de letras, todas las cuales, aspirando al honor de ser admitidos en las academias, velarán por sí mismos y tratarán de hacerse dignos de ellas por obras útiles y costumbres irreprochables. Las de estas compañías, que, por los premios con que honran el mérito literario, harán la elección de sujetos propios para reanimar el amor de la virtud en los corazones de los ciudadanos, mostrarán que este amor reina en ellos y darán á los pueblos ese placer tan raro y tan dulce de ver sociedades ilustradas consagradas á derramar sobre el género humano, no sólo agradables luces, sino que también saludables instrucciones.

No se me ponga, pues, una objección que no es para mí más que una nueva prueba. Tantos cuidados sólo demuestran la necesidad de tomarlos, y no se busca remedios á males que no existen. ¿Por qué éstos ofrecen todavía por su insuficiencia el carácter de remedios ordinarios? Tantos establecimientos hechos con ventaja para los sabios no son parte á imponerles los objetos de las ciencias y orientar á los espíritus hacia su cultura. Parece, por las precauciones que se toman, que hay demasiados labradores y que se teme que falten filósofos.

No quiero aventurar aquí una comparación entre la agricultura y la filosofía, que no soportaría nadie. Preguntaré solamente: ¿Qué es la filosofía? ¿Qué contienen los escritos de los filósofos más conocidos? ¿Cuáles son las lecciones de estos ami-

gos de la sabiduría? Si se les escucha, se les tomará por un atajo de charlatanes, que gritan cada uno por su cuenta y para su partido en una plaza pública: «Venid á mí, que yo soy el único que no engaña.» Uno pretende que no hay cuerpo y que todo es representación; otro, que no existe más substancia que la materia ni más dios que el mundo. Este asegura que la virtud y el vicio carecen de realidad, y que el bien y el mal moral son quimeras; aquél que los hombres son lobos y pueden devorarse con tranquilidad de conciencia. Oh grandes filósofos: ¿por qué no reserváis para vuestros amigos y para vuestros hijos lecciones tan provechosas? Bien pronto recibiríais el premio de ellas, y no temeríamos encontrar entre los nuestros alguno de vuestros sectarios.

¡He aquí, pues, los hombres maravillosos á quienes se ha prodigado la estimación de sus contemporáneos durante su vida y reservado la inmortalidad después de su muerte! ¡He aquí las sabias máximas que hemos recibido de ellos y que transmitimos de generación en generación á nuestros descendientes! El paganismo, entregado á todos los extravíos de la razón humana, ¿ha dejado á la posteridad nada que pueda compararse con los monumentos vergonzosos que le ha preparado la imprenta bajo el reinado del Evangelio? Los escritos impíos de Leucipo y de Diagoras han muerto con ellos; no se había inventado aún el arte de eternizar las extravagancias del espíritu humano; pero gracias á los caracteres tipográficos (18) y al uso que hacemos de ellos, las peligrosas fantasías de los Hobbes y de los Espinosa, permanecerán para

siempre. Id, escritos célebres que la ignorancia y rusticidad de nuestros padres no hubieran sido capaces de redactar, acompañad en nuestros descendientes á esas obras más peligrosas aún, de donde se exhala la corrupción de las costumbres de nuestro siglo, y llevad juntos á los siglos venideros una historia fiel del progreso y de las ventajas de nuestras ciencias y de nuestras artes. Si os leen, no dejaréis ninguna perplejidad sobre la cuestión que tratamos hoy, y á menos que no sean más insensatos que nosotros, levantarán sus manos al cielo y dirán en la amargura de su corazón: «Dios poderoso, tú que tienes en tus manos los espíritus, libranos de las luces y de las funestas artes de nuestros padres, y devuélvenos la ignorancia, la inocencia y la pobreza, los únicos bienes que pueden hacer nuestra felicidad y que son preciosos delante de tí.»

Pero si el progreso de las ciencias y de las artes nada ha añadido á nuestra verdadera felicidad, si ha corrompido nuestras costumbres y si la corrupción de las costumbres ha atacado á la pureza del gusto, ¿qué pensaremos de esa multitud de autores elementales que han descartado del templo de las musas las dificultades que defendían su entrada y que la naturaleza había allí multiplicado para probar las fuerzas de los que se sintiesen tentados á saber? ¿Qué pensaremos de esos compiladores de obras que han forzado indiscretamente la puerta de las ciencias é introducido en su santuario un populacho indigno de aproximarse á ella, al paso que sería de desear que todos aquellos que no avanzan lejos en la carrera de las

letras hubiesen sido rechazados desde la entrada y se les obligase á cultivar artes útiles á la sociedad? Tal, que será toda su vida un mal versificador, un geómetra subalterno, habría quizá llegado á ser un gran fabricante de telas. No han necesitado maestros aquellos á quienes la naturaleza destinó á hacer discípulos. Los Verulam, los Descartes, los Newton, preceptores del género humano, no los han tenido, ¿y qué guías les hubiesen conducido hasta donde su vasto genio les ha llevado? Maestros ordinarios no hubieran podido más que comprimir su entendimiento, encerrándolo en la estrecha capacidad del suyo. Con los primeros obstáculos aprendieron á hacer esfuerzos y se ejercitaron en franquear el espacio inmenso que han recorrido. Si hay verdadera necesidad de permitir á algunos hombres entregarse al estudio de las ciencias y de las artes, es tan solo á aquellos que tuvieron la fuerza de marchar solos sobre sus huellas y de adelantarlas, vale decir, al pequeño número á que corresponde elevar monumentos á la gloria del espíritu humano. Pero si se quiere que nada sobrepuje á su genio, es preciso que nada sobrepuje á sus esperanzas: he aquí el único estímulo de que tienen precisión. El alma se proporciona insensiblemente á los objetos que la ocupan, y las grandes ocasiones son las que hacen á los grandes hombres. El príncipe de la elocuencia fué cónsul de Roma, y el más grande tal vez de los filósofos, canciller de Inglaterra. ¿Creerá nadie que si el uno no hubiese ocupado más que una cátedra en cualquier Universidad y el otro no hubiese obtenido más que una módica pensión de la

Academia, sus obras no se resentirían de su estado? No se desdeñen, pues, los reyes de admitir en sus consejos á los hombres capaces de aconsejarles bien, y renuncien al viejo prejuicio, inventado por el orgullo de los grandes, de que el arte de conducir á los pueblos es más difícil que el de ilustrarlos, como si fuera más fácil inducir á los hombres á obrar bien de su grado, que obligarlos á ello por la fuerza. Encuentren los sabios de primer orden en sus cortes asilos honrosos y obtengan en ellos la única recompensa que merecen: la de contribuir por su crédito á la felicidad de los pueblos á quienes hubieran enseñado la sabiduría, y entonces solamente se verá lo que pueden la virtud, la ciencia y la autoridad animadas de una noble emulación y trabajando de concierto en la felicidad del género humano. Pero mientras que el poder esté solo de un lado y la ilustración y la sabiduría estén igualmente solas de otro, los sabios pensarán rara vez grandes cosas, los príncipes harán, más raramente cada vez, cosas bellas, y los pueblos continuarán siendo viles, corrompidos y desgraciados.

En cuanto á nosotros, hombres vulgares, á quienes el cielo no ha dado tan grandes talentos ni destinado á tanta gloria, quedemos en nuestra obscuridad. No corramos tras una reputación que se nos escaparía y que en el estado presente de las cosas no nos daría jamás lo que nos hubiera costado, aun cuando tuviéramos todos los títulos para obtenerla. ¿A qué buscar nuestra felicidad en la opinión ajena si podemos hallarla en nosotros mismos? Dejemos á otros el cuidado de instruir á los

pueblos en sus deberes y limitémonos á llenar los nuestros; pues no tenemos necesidad de saber más.

Oh virtud, ciencia sublime de las almas sencillas, ¿son necesarios tantos trabajos y tanto aparato para conocerte? ¿No están grabados tus principios en todos los corazones? ¿Y no basta para aprender tus leyes entrar en uno mismo y escuchar la voz de la propia conciencia en el silencio de las pasiones? He aquí la verdadera filosofía: sepamos contentarnos con ella, y sin envidiar la gloria de los hombres célebres que se inmortalizan en la república de las letras, tratemos de poner entre ellos y nosotros aquella distinción gloriosa que se observaba antiguamente entre dos grandes pueblos, uno de los cuales sabía bien decir y el otro bien obrar.

## CARTA AL ABATE RAYNAL

AUTOR DEL «MERCURE DE FRANCE» (19)

Debo, señor, dar muy expresivas gracias á los que os han remitido las observaciones que habeis tenido la bondad de comunicarme y que procuraré me sean útiles. Os confesaré, sin embargo, que encuentro á mis censores un poco severos con mi lógica, y sospecho que se habrían mostrado menos escrupulosos si yo hubiese sido de su parecer. Hasta se me antoja que si ellos tuviesen algo de la exactitud rigurosa que de mí exigen, no necesitaría yo pedirles aclaración alguna. Así dicen que prefiero la situación en que se hallaba Europa antes de la renovación de las ciencias, estado peor que la ignorancia, por el falso saber y la jerga que reinaba entonces. El autor de esta observación me hace decir que el falso saber (la jerga escolástica) es preferible á la ciencia, cuando yo dije precisamente que es peor que la ignorancia. Pero ¿qué entiende por la palabra *situación*? ¿La aplica á las luces, ó á las costumbres, ó confunde estas cosas que yo me he esforzado en distinguir con tanto cuidado? Por lo demás, como este es el fondo de la cuestión, reconozco que hubo en mí cierta torpeza en haber insistido en el primer extremo sobre todo.

Añaden que prefiero la rusticidad á la cortesía